

Nano, amigo de todos. Era ese amigo que todo lo hacía bien, mejor que uno. Nunca le pude ganar en nada. Seguro él escribiría mejores palabras hoy.

Desde que éramos alumnos en la Facultad de Ciencias aquí en la Javeriana, el magnetismo de Nano nos juntó y nos volvimos amigos. Nos encontrábamos incluso en el campo en nuestros primeros pinitos de investigación, él iniciando sus estudios en Ecología con sus peces y yo terminando mis estudios de Biología con bichos que comen peces. Cuando nos graduamos (casi al tiempo), mantuvimos una relación que se logra con pocos, ser buenos amigos en la distancia y desconectados.

Volvió a la Javeriana (claro, él ya con doctorado y yo a duras penas con maestría) y nos reencontramos, e iniciamos una relación nueva e igual de bonita: la laboral, en la que Nano siempre llegaba con una sonrisa sospechosa, nos presentaba ideas, por supuesto tan interesantes que no podíamos decirle que no... y claro, terminábamos enchicharronados trabajando bajo su liderazgo.

Sé que muchos de aquí quedamos con el compromiso de continuar estos proyectos, aunque sabemos que difícilmente lograremos acercarnos a alcanzar lo que con su ayuda y dirección siempre lográbamos. Trabajos lindos, rigurosos, útiles para todos, especialmente para quienes más lo necesitan. Reconociendo siempre el conocimiento de quien lo tiene y transmitiéndolo cariñosamente a quienes lo sepan usar.

Ayer, hablando de lo duro de estos momentos, una persona muy linda me dijo que hay quienes creen que cuando se cumple una misión en la tierra, es momento de irnos.

Como era Nano, por supuesto cumplió muchísimo más que una única misión. A sus 42 años logró más de lo que muchos haremos en vidas más largas. ¡Qué intensidad de hombre!

Es un legado que nos deja. Una pasión y ética como profesional, como investigador, como ciudadano, que debemos preservar y tratar de imitar.

Hablando de esto, creo que Javier logró lo que pocos logran cuando hablamos de interdisciplinariedad, interinstitucionalidad, interculturalidad, diálogo de saberes, regionalización...

Aquí vemos hoy reunidos a alumnos, colegas y amigos de varias facultades. De hecho, a Nano dos decanas se lo pelean.

En este momento sé que hay procesos bonitos andando con Ciencias, Estudios Ambientales y Rurales, Ciencias Sociales, Educación, Ingeniería, Comunicación, Ciencias Políticas, Oficina de Responsabilidad Social, Educación Continua, y seguro faltan algunas unidades en donde era pieza fundamental.

También veo aquí gente de varias universidades, incluso extranjeras, ONGs, institutos de investigación, instituciones del Estado, hasta financiadores, donde al igual sienten ya de manera fuerte este vacío.

Faltan muchísimas personas, las que no pudieron venir hoy. Gente de las comunidades, campesinos, pescadores, indígenas, colonos, gobiernos locales, investigadores, profesores de escuelitas que han manifestado su dolor y solidaridad. Nano lograba reunirnos a todos.

Todo el mundo habla de su amor por los peces. Yo creo que su verdadero amor era hacia la gente y veía en los peces una forma de entender y ayudar. Nunca fue el pez por el pez mismo, o por el reconocimiento que pudo ganar como académico. “Ese pez representa identidad cultural, posibilidades de bienestar, formas de entender el planeta. Además, son deliciosos”, nos decía.

También sabíamos de sus otros amores, de quienes siempre hablaba y se iluminaba: Mariana, Nora y Germán, Nelson, Patricia y Claudia. Sus adoradas Maria Claudia, Stephanie, Carolina y Alejandra. Para ellos, nuestro más cariñoso saludo. Aquí estamos para lo que necesiten. Ustedes ven ahora la gran familia de la que Nano nos hizo parte.

En las entrevistas y testimonios que me han pedido, le pregunto a sus muchos otros amigos: “¿qué decimos de Nano?”. Y en resumen (y así ha salido publicado), quienes lo conocimos decimos... “un bacán, el mejor ser humano, la mejor persona, bueno en todo, un ejemplo total”.

Si el nuevo edificio de Ciencias tiene un puente, debería llamarse “Puente Javier Maldonado”.

Con muchísimo cariño,

Roco.